

bres adocenados la mayor parte, no merecen mi confianza en asunto de tanta importancia.

»Si los guardias nacionales fuesen como los guardias de honor, habrían ustedes dado al pueblo jefes animados por un interés opuesto al suyo, sobre todo en los días de crisis.

»NAPOLEÓN.»

AL MINISTRO DE POLICÍA

«Schenbrunn, 14 de octubre de 1809.

»Recibo su carta del 7. No he podido yo aprobar jamás otro alistamiento de guardias nacionales que el de los interesados en repeler la agresión de los ingleses en Amberes. Ni la Provenza ni el Langüedoc ni el Delfinado ni los otros departamentos distantes podían recibir daño alguno de la expedición inglesa. Debo, pues, censurar que hayan alistado guardias nacionales

en estas provincias. Por otra parte, desde el 9 de septiembre en que la expedición dejó de ser lo que se anunciaba, no he cesado de mandar que se diesen contraórdenes, y precisamente desde esa fecha veo á la Francia entregada á la agitación de los alistamientos. Ciertamente un Estado grande y una vasta administración requieren mucha actividad y celo; pero nunca están de más el juicio y la mesura. La guardia nacional de París está en el mismo caso; mientras los ingleses atacaban nuestro territorio, nadie se movía; y ahora que se han alejado, todos bullen. Si insisto en esto no es porque desconozca su celo de usted, sino porque veo con sentimiento que conmueven ustedes la Francia cuando yo me limitaba á alistar sólo treinta mil guardias nacionales, comprendida la división del general Rampón. El resultado final ha sido poner de manifiesto el buen espíritu que anima al pueblo francés y del cual nunca he dudado.

»NAPOLEÓN.»

FIN DE LOS DOCUMENTOS

## LIBRO TRIGÉSIMO SÉPTIMO

### EL DIVORCIO

Progresos de las negociaciones de Altemburgo. - Napoleón deseaba la separación de las tres coronas de la casa de Austria, ó su traslación á las sienas del duque de Wurtzburgo. - No queriendo abrir una nueva campaña para conseguirlo, se contenta con nuevas adquisiciones de territorio en Italia, Baviera y Polonia. - Resistencia del Austria á los sacrificios que de ella se exigen. - Dilaciones calculadas de Metternich y del general Nugent, plenipotenciarios austriacos. - Arriégase el emperador Francisco á tratar directamente con Napoleón, enviándole á Mr. de Bubna con una carta suya. - Trasládase á Viena la negociación de Altemburgo. - Últimos debates: firmase la paz el 14 de octubre de 1809. - Ardid de Napoleón para asegurar la ratificación del tratado. - Sus órdenes para la evacuación del Austria y para enviar á España todas las fuerzas que la paz hacía disponibles. - Tentativa de asesinato cometida contra su persona en el patio del palacio de Schoenbrunn. - Su regreso á Francia. - Asuntos de la Iglesia durante los acontecimientos políticos y militares del año 1809. - Situación intolerable del papa en Roma en medio de tropas francesas. - Para poner término á esta situación expide Napoleón el decreto de 17 de mayo, que reúne al imperio francés los Estados de la Santa Sede. - Bula de excomunión con que responde el papa á dicho decreto. - Prisión del papa y su traslación á Savona. - Estado de los ánimos en Francia de resultas de los sucesos militares, políticos y religiosos del año. - Alteración profunda ocurrida en la opinión pública. - Llegada de Napoleón á Fontainebleau. - Su residencia en este sitio, y cambio que en él se advierte. - Reunión de príncipes, parientes y aliados en París. - Regreso de Napoleón á París. - Los últimos acontecimientos le confirman en su resolución de divorciarse. - Confía este propósito al archicanciller Cambaceres y al ministro de Relaciones exteriores Champagny. - Llama Napoleón á París al príncipe Eugenio para que predisponga á su madre al divorcio, y hace pedir la mano de la gran duquesa Ana, hermana del emperador Alejandro. - Llega á París el príncipe Eugenio. - Dolor y resignación de Josefina. - Fórmula adoptada para el divorcio, y consumación de este acto el 15 de diciembre. - Retírase Josefina á la Malmaison y Napoleón á Trianón. - Cómo se recibió en San Petersburgo la petición de Napoleón. - Consiente el emperador Alejandro en darle su hermana, pero haciendo que acompañe á esta alianza un tratado contra el restablecimiento eventual de Polonia. - Dilación calculada de la Rusia, é impaciencia de Napoleón. - Secretas comunicaciones que descubren el deseo del Austria de dar á Napoleón una archiduquesa. - Consejo de grandes del imperio en que se discute la elección de una nueva esposa. - Cansado de las dilaciones de la Rusia, rompe Napoleón con ella, y resuelve desposarse con una archiduquesa de Austria. - Firma el mismo día por medio del príncipe de Schwarzenberg su contrato matrimonial con María Luisa, copiando el de María Antonieta. - Pasa á Viena el príncipe Berthier á pedir de oficio la mano de la archiduquesa María Luisa. - Acogida lisonjera que se le hace en aquella corte. - Matrimonio celebrado en Viena el 11 de marzo. - Matrimonio celebrado en París el 2 de abril. - Retroceso momentáneo de la opinión pública y últimas ilusiones de la Francia sobre la duración del reinado imperial.

Lo que más halagaba á Napoleón en el suceso de Walcheren era la influencia de aquella expedición en las negociaciones de Altemburgo. Había empleado el tiempo transcurrido desde el armisticio de Znaim en reponer su ejército de Alemania en el estado más floreciente, para poder aniquilar á los austriacos caso de no convenirle las condiciones de la pacificación propuesta. Su ejército acampado en Krems, Znaim, Brunn, Viena, Presburgo, Edemburgo y Gratz, bien mantenido, descansado, ampliamente rehecho con la llegada y la disolución de las medias brigadas, provisto de ganado nuevo para la caballería y de una numerosa y excelente artillería, era superior á lo que había sido en las mejores épocas de aquella campaña. Había formado Napoleón para el general Junot con las guarniciones que habían quedado en Prusia, algunas medias brigadas confiadas al general Rivaud, las reservas reunidas en Augsburgo, los regimientos provisionales de dragones y unos cuantos wurtembergueses y bávaros, un ejército de treinta mil infantes y cinco mil jinetes para vigilar la Suabia, la Franconia y la Sajonia, é impedir las correrías del duque de Brunswick-Ceels y del general Kienmayer. El mariscal Lefebvre guerreaba con los bávaros en el Tirolo. Quedaba por último el nuevo ejército de Amberes, de cuya fuerza y valor tenía sin duda una idea exagerada,

pero que de todos modos era un ejército más sobre todos los que ya tenía. Podía por consiguiente tratar con ventaja con una potencia que, á pesar de sus esfuerzos por reorganizar sus tropas, no podía restablecerse. Y sin embargo de los inmensos recursos de que disponía, quería Napoleón la paz, y la quería sinceramente por motivos muy plausibles.

Al principio de la guerra, cuando se lisonjeaba de poder anonadar al Austria del primer golpe, haciendo indebido desprecio de los grandes medios de ataque y defensa preparados por aquella potencia, se había admirado Napoleón de la resistencia que en ella había encontrado, y aunque sin perder jamás la confianza que tenía en sí mismo, había creído algo menos en la facilidad de derribar á la dinastía de Habsburgo. No tratando ya ahora de acabar con ella, la guerra para él no tenía objeto, porque después de haberle quitado en 1805 los Estados venecianos y el Tirolo, nada más podía sacar para sí. Quitarle al emperador de Austria dos ó tres millones más de habitantes para reforzar el ducado de Varsovia hacia Galitzia, á Sajonia hacia la Bohemia, á Baviera hacia el Austria superior, y á Italia hacia la Carniola, no era un interés que mereciese una nueva campaña por más brillante que pudiera ser. Sus deseos hubieran quedado colmados separándose las tres coro-



nas de Austria, Bohemia y Hungría, yendo éstas á ceñir diferentes cabezas austriacas ó alemanas, y quedando para siempre humillada la antigua casa de Austria, ó haciendo abdicar al emperador Francisco, que era su enemigo irreconciliable, en favor de su hermano el duque de Wurzburg, soberano sucesivamente de Toscana, Salzburgo y Wurzburg, príncipe ilustrado y de condición apacible, antes amigo del general del ejército de Italia y hoy todavía amigo del emperador de los franceses. Napoleón en este caso no habría exigido el menor sacrificio territorial: tal era la satisfacción que se prometía su orgullo de destronar á un emperador que le había engañado; tal la tranquilidad que á su sistema político prometía el ocupar el trono de Austria un príncipe de cuya devoción estaba seguro. Pero separar las tres coronas del imperio era destruir la casa de Austria, y esto no podía esperarlo sino después de dos ó tres batallas contundentes, que Napoleón probablemente ganaría, pero que también provocarían quizá á la Europa desesperada y á la Rusia, alarmada y descontenta con nuestra alianza, á un levantamiento general. Por lo tocante al cambio de cabeza reinante, no era fácil inducir al emperador Francisco á que cediese su puesto al duque de Wurzburg, aunque se le suponía disgustado de la corona; ni era por otra parte muy decoroso hacer semejante proposición. Para esto habría sido menester que los mismos austriacos sugiriesen la idea, con la esperanza de evitar sacrificios territoriales. De manera que el segundo plan venía á ofrecer los mismos inconvenientes que el primero. Debilitar al Austria en Galitzia en provecho del gran duque de Varsovia, en Bohemia para favorecer á la Sajonia, en el Austria superior para dar más importancia á la Baviera, en Carintia y en la Carniola para proporcionarse un territorio espacioso y continuo entre Italia y Dalmacia y una vía cómoda por tierra hacia el imperio turco, era en la actualidad el único proyecto practicable.

Resolvió Napoleón con esta mira pedir sobre todos estos objetos lo más que fuese posible, y aún más de lo que presumía alcanzar, para hacerse pagar en dinero la parte de que desistiese al fin de la negociación. Si la corte de Viena se mantenía con él activa, recalcitrante y demasiado confiada aún en sus propias fuerzas, entonces se decidiría á darle el último golpe y á renovar sus primitivos proyectos de destrucción, sin curarse del efecto que esto pudiera producir en Europa, comprendida la misma Rusia.

Con respecto á esta última potencia, quería Napoleón seguir aparentando buena amistad y continuar como aliado, aunque sin ocultarle que había echado de ver su poco celo durante la última guerra y que ya no contaba con ella para las ocasiones críticas. Seguro por otra parte de que no estaba dispuesta á renovar la guerra con la Francia, y creyendo que no se expondría á sus contingencias sólo por mejorar la suerte del Austria, no quería excitarla más que lo preciso para debilitar á esta potencia y privar por siempre á la Inglaterra de su alianza. No obstante, cediendo á su propensión á tomar resoluciones extremas, estaba dispuesto á aventurarle todo contra todos si las dificultades de la negociación le conducían á una guerra final con el Austria, para terminar cuanto antes la larga serie de hostilidades que el gigantesco desarrollo de su ambición había ocasionado.

En consecuencia, después de guardar con Alejandro un silencio prolongado y desdenoso, le escribió participándole sus triunfos, anunciándole la apertura de las negociaciones con Austria é invitándole á que enviase á Altemburgo un plenipotenciario revestido de las competentes instrucciones acerca de las condiciones de la paz. De éstas no indicó ninguna, mas pidió que el negociador fuese partidario de la alianza: de esa alianza á que debía ya la Rusia la Finlandia, y que le prometía además la posesión de la Valaquia y Moldavia. Que accediese ó no Alejandro á esta proposición, que enviase ó no un negociador á Altemburgo, para Napoleón era igual: un negociador ruso podía complicar la negociación; pero también, precisado á seguir á los franceses, comprometería de nuevo á su corte contra el Austria si había de volver á empezar las hostilidades.

En esta disposición de ánimo se hallaba Napoleón cuando se abrieron las conferencias para la pacificación: al deseo que, como ya hemos dicho, tenía de que cesase la guerra, acompañaba la intención de pedir mucho más de lo que quería para hacerse pagar la diferencia en contribuciones de guerra, lo cual era muy justo atendida la enormidad de los gastos de la campaña.

En consecuencia, partió Mr. de Champagny para Altemburgo, ciudad pequeña situada entre Raab y Comorn, á unas cuantas leguas del palacio de Dotis, adonde se había retirado el emperador Francisco después de la batalla de Wagram. Tenía encargo Mr. de Champagny de proponer como base de negociación el *uti possidetis*; es decir, el abandono del territorio ocupado por nuestros ejércitos á la Francia, dejando al Austria la elección de lo que más le acomodase en la parte que ocupábamos, para recuperarlo substituyendo otras concesiones equivalentes. Ocupábamos por ejemplo á Viena y á Brunn: era evidente que no podíamos retenerlas; pero por el sistema del *uti possidetis* el Austria podía cedernos en Bohemia, en Galitzia ó en la Iliria el mismo territorio y la misma población que le restituíamos en el centro de la monarquía. Al brindarla con la libertad de designar por sí misma los sacrificios que había de hacer, se le exigían cerca de nueve millones de población, es decir, más de la tercera parte de sus Estados, lo cual equivalía á destruirla. Sin embargo, esto no era más que para dar pie á las negociaciones.

Abriéronse éstas en el momento de empezarse á saber en Austria el mal éxito que ofrecía la expedición de Walcheren, y como era natural fueron arrastrándose lentamente hasta el día en que se supo de una manera definitiva que esa expedición no produciría más resultado que hacer perder á la Inglaterra algunos miles de hombres y muchos millones y proporcionar á Napoleón un ejército más. El emperador Francisco, que mal de su grado se veía precisado á negociar por la pérdida de la batalla de Wagram, por el peligro que corría su ejército en Znaim y la desmoralización de todos los jefes militares, había encargado á Mr. de Metternich, su embajador en París, que entablase tratos con Mr. de Champagny aprovechando antiguas relaciones. Estaba señalado Metternich para reemplazar en la dirección de los negocios extranjeros á Mr. de Stadion, que se había constituido en representante del partido de la guerra

menos por inclinación propia que por sugerencias de un hermano suyo, clérigo entusiasta y vehemente, y que después de la batalla de Wagram había reconocido la necesidad de hacer dimisión cediendo el puesto á los partidarios de la política pacífica. Metternich, sin embargo, no quería suceder á Mr. de Stadion hasta que las dos potencias hubiesen formalmente optado entre la paz y la guerra concluyendo un tratado definitivo, por lo cual Mr. de Stadion estaba con el ejército en las cercanías de Olmutz despachando los negocios interinamente. El emperador regresó á Hungría, al palacio de Dotis, y Metternich, cuyo triunfo y entrada en el gabinete había de ser resultado de la pacificación, aceptó el encargo de negociar en Altemburgo. Agregóse Mr. de Nugent, jefe de estado mayor del ejército austriaco, para todo lo relativo á pormenores militares y discusión de los puntos que habían de designarse como frontera. Todo esto, sin embargo, no era obstáculo para que, mientras seguía la negociación su curso, se procurase, como lo hacía Napoleón, estimular el celo de las provincias de la monarquía, aumentar el ejército y rehacer el material de guerra.

Los primeros coloquios tuvieron lugar á fines de agosto, al mes largo de la acción de Znaim y de haberse firmado el armisticio; que todo este tiempo se necesitó para congregarse á los plenipotenciarios y dictarles instrucciones. El armisticio, que no debía haber durado más que un mes, se había prolongado por mutuo asentimiento: ninguno de los contendientes tenía premura por que expirase el término, pues Napoleón vivía á costa del Austria, y aún había de recibir refuerzos; y el Austria, aunque costeaba nuestra manutención, quería rehacer sus fuerzas y saber el resultado de la expedición de Walcheren. Entretanto lo que principalmente deseaba era que los negociadores franceses se explicasen sobre la verdadera medida de sus pretensiones.

Desde el principio se mostró Mr. de Champagny accesible y tranquilo, como tenía de costumbre, pero al mismo tiempo enorgullecido por el soberano á quien representaba; Nugent se presentó taciturno, irritable y puntilloso, como era de esperar de su orgullo militar; Metternich, glacial, astuto con formas dogmáticas, prolijamente razonador y atento, como á su papel cumplía, á neutralizar los arranques de su colega (1). A poco tiempo empezó la confianza á desterrar el embarazo de los primeros días: Nugent se mostró más tratable, Metternich menos apegado á las fórmulas, y Mr. de Champagny, que era muy poco propenso á mudanzas, permaneció como al principio, esto es, absoluto é inflexible, no por su carácter, sino por las instrucciones recibidas. Metternich expuso que había dos modos de comprender la paz, uno elevado, generoso, fecundo en resultados, que consistía en restituir al Austria todas las provincias que se le acababan de quitar y dejarla tal cual era antes de las hostilidades; con lo cual, reconocida á este noble proceder, abriría los brazos al que antes se los había abierto á ella, acabaría siendo para la Francia una aliada mucho más leal que la Rusia, por lo mismo que era menos voluble que aquella, y tan poderosa por

(1) No creo necesario repetir que como amante de la verdad y poco afecto á cuadros de pura fantasía, he sacado la narración auténtica de esta curiosa negociación de la correspondencia íntima de Napoleón, Champagny, Maret y Caulaincourt. (N. del A.)

lo menos según se había visto en las últimas batallas: resultado muy preferible á una nueva dislocación de su territorio, sólo provechosa á unos aliados ingratos, impotentes é insaciables, como eran Baviera, Wurtemberg y Sajonia, los cuales incitaban á la guerra para enriquecerse y no valían lo que costaban. Añadió Metternich que además de este modo de comprender la paz había otro, mezquino, difícil, poco seguro, cruel para el que sufría un nuevo sacrificio y poco provechoso para el que lo imponía, con el cual sólo se lograba agriar algo más el mutuo descontento y tener paz hasta que hubiera ocasión de renovar la guerra; que este modo de negociar, reducido á un mero avalúo de territorio, era un verdadero regateo, y que si como él temía era éste el sistema que prefería la Francia, esta potencia era la que debía hablar primero y decir lo que quería, puesto que no le tocaba al Austria despojarse por su propia mano.

Respondió Mr. de Champagny á este modo de entrar en materia, que ya el primer sistema de paz se había ensayado después de Austerlitz, y que había salido fallido; que en aquella época Napoleón vencedor de los ejércitos austriacos y rusos, había recibido al emperador de Austria en su vivac, y fiando en la promesa de que no se le volvería á mover guerra había restituido toda la monarquía austriaca entera, á excepción de algunas pequeñas desmembraciones; que después de haber conservado un imperio que había estado en su mano destruir, cuando más motivo tenía para creer la paz duradera, no bien le vieron empeñado en España contra los ingleses, olvidaron todas las promesas y volvieron á declararle la guerra sin el menor recuerdo de la palabra dada; por último, que después de un escarmiento como aquél, ya no era posible proceder con generosidad, sino que era menester que las consecuencias de la guerra pesasen únicamente sobre los que con tanta facilidad y con tan poco escrúpulo la renovaban.

Replicó Metternich, sacando partido de los infinitos motivos de queja que tan fácilmente sugería la ambición de Napoleón. Objetó y con razón la destrucción de la casa reinante de España, la alarma que esta atrevida empresa había producido en todas las cortes, la intimidad contraída con la Rusia, cuando se las debiera haber tranquilizado, intimidad que hacía temer los más terribles proyectos contra la seguridad de todos los Estados, y últimamente, la repulsa que había sufrido el Austria al querer entrar, si no precisamente en aquella intimidad, por lo menos en los secretos de lo que la Rusia y Francia intentaban hacer. Después de la larga enumeración de todas estas quejas, que ocupó más de una conferencia oficial y más de un coloquio particular, insistiendo los austriacos en que los franceses que pedían concesiones debían hablar los primeros, no hubo más remedio que articular una primera pretensión, y entonces Mr. de Champagny, obedeciendo á su soberano, aunque bien conociese la enormidad del sacrificio que iba á pedir, presentó la base del *uti possidetis*, por lo cual cada uno se queda con lo que tiene, pudiendo sin embargo cambiar unos territorios por otros. Respondió Metternich que si se hacía con formalidad una proposición semejante, no había que hacer más que prepararse á pelear, y á pelear hasta la muerte, puesto



que lo que se pedía era nada menos que una población de nueve millones, la tercera parte de toda la monarquía austriaca, ó lo que era lo mismo, su completa destrucción, por lo cual era excusado seguir los tratos.

Con esto se suspendieron las conferencias por algunos días, y una precaución de Napoleón vino á aumentar la dificultad de las negociaciones. Temeroso de que al tratarse de la Galitzia y del aumento del ducado de Varsovia se le atribuyese lo que realmente no tenía ánimo de decir y se le achacase el proyecto de restablecer la Polonia para indisponerle con la Rusia, quiso que se tomase acta de las conferencias: precaución que, aunque inútil en cierto modo, iba á hacer la negociación interminable. «No somos ya negociadores, sino verdaderos autómatas, observó Metternich. La paz, repeta sin cesar, es imposible,» y en su tristeza y desaliento declaró á Mr. de Champagny «que consideraba aquella negociación como completamente ilusoria, porque se asemejaba á todas las que la Francia había entablado con la Inglaterra y porque creía francamente al emperador Napoleón resuelto á continuar la guerra.» Mr. de Champagny, que sabía que era lo contrario, respondió «que no había nada de eso, que Napoleón deseaba la paz, aunque con las ventajas que tenía derecho á prometerse del resultado de la campaña.» «Entonces, replicó Metternich, ¿por qué se propone una base inadmisibles? ¿por qué estas formalidades interminables que destruyen toda confianza?»

Era ya preciso salir del atolladero, y Napoleón, que estaba satisfecho del resultado ya visible de la expedición de Walcheren, y no quería sacar de ella ventajas para continuar la guerra, sino para celebrar una paz beneficiosa, autorizó á Mr. de Champagny á plantear una proposición de acomodamiento. Si el Austria, por ejemplo, hacía esperar que consentiría sacrificios por el estilo de los que había consentido en Presburgo, reducidos á perder unos tres millones de súbditos, se correspondería á esta concesión con otra, es decir, que se tomaría un término medio entre tres y nueve millones, reduciendo la exigencia á cuatro ó cinco solamente, y en seguida se entraría en la discusión de los pormenores.

Esta intimación, hecha confidencialmente á Metternich, le revelaba lo que ya él suponía, es decir, que Napoleón quería ceder de sus primeras exigencias; pero era todavía demasiado lo que se pretendía para que el negociador austriaco se explicase en nombre de su monarca. Costábale mucho soltar la especie de que estaba pronto á hacer nuevos sacrificios territoriales, porque hasta entonces siempre había procedido sobre la base de que daría dinero y no territorios. Sin embargo, Metternich consultó con su corte, que se hallaba en Dotis, á unas cuantas leguas de Altemburgo, y entre tanto los dos diplomáticos austriacos pidieron que Mr. de Champagny se explicase formalmente diciendo qué territorios se proponía la Francia conservar y restituir. Pidieron además que se dejasen á un lado esos principios generales de negociación del *uti possidetis* y de los llamados *sacrificios de Presburgo*, que nada significaban ó significaban cosas inadmisibles.

Napoleón, que deseaba la paz, se decidió á dar un paso más, y redactó por sí mismo una nota muy breve en que empezaba á explicarse claramente y pedía en la

tierra que baña el Danubio al Austria superior hasta la línea del Ens, para agregarla á Baviera, reservándose indicar más adelante el sacrificio que creía poder exigir por el lado de Italia. Con esto ya perdía el Austria ochocientos mil habitantes, la importante ciudad de Lintz y las líneas del Traun y del Ens, y la frontera bávara se ponía á pocas leguas de Viena. Recibieron esta nota los diplomáticos austriacos sin hacer observación ninguna y sólo *ad referendum*, esto es, para dar conocimiento de ella á su corte. Metternich se contentó con decir á Mr. de Champagny en conversación: «Por lo visto no quiere su soberano de usted que el emperador Francisco vuelva á Viena, cuando pone á los bávaros á las puertas de su capital.» Es indudable que si concedía á Napoleón lo que pedía, no iba á quedar más posición que la de Saint-Polten para proteger á Viena, y que el emperador Francisco tenía que trasladar su capital á Presburgo ó á Comorn.

Pasados dos días contestaron los diplomáticos austriacos con fecha del 27 de agosto, consignando en las actas de las conferencias la declaración de que mientras no supiesen lo que se exigía por la parte de Italia, no les sería posible entrar en explicaciones, por lo cual rogaban al negociador francés tuviese á bien manifestar por completo los deseos de su gobierno. Obligado á ir abandonando sus pretensiones una tras otra, redactó Napoleón otra nota que envió á Altemburgo por medio de Mr. de Champagny. En ella declaraba que por el lado de Italia se proponía conservar la Carintia y la Carniola, y desde aquí hasta la frontera de Bosnia la orilla derecha del Save. Reservábase, pues, Napoleón primeramente el recuento de los Alpes Cárnicos, el valle superior del Drave y las poblaciones de Villach y Clagenfurth: en segundo lugar el recuento de los Alpes Julianos, el valle superior del Save, Laybach, Trieste y Fiume; con lo que Italia y Dalmacia quedábanse unidas por medio de una espaciosa y rica provincia, y él extendía su poder por una serie no interrumpida de países hasta las fronteras del imperio turco. Este nuevo sacrificio dejaba descubierta á Viena por el lado de Italia, como lo quedaba ya por el del Austria superior, puesto que las posiciones de Tarvis, Villach y Clagenfurth pasaban á nuestras manos, y sólo quedaban para defender la capital las posiciones de Leoben á Neustadt, es decir, la prolongación de los Alpes Nóricos. La población que con esto perdía el Austria subía cerca de un millón y quinientos mil habitantes.

La diplomacia austriaca recibió esta segunda nota con el mismo silencio y desaliento que la primera. Los plenipotenciarios la recibieron también como aquella, *ad referendum*. Metternich, que veía todas las noches á Mr. de Champagny, se limitó á decirle que su soberano iba desmembrando á trozos la monarquía austriaca, que dejaba la capital descubierta por todas partes, que demolía las defensas que la protegían en los dos caminos de Alemania é Italia, y que se veía claramente que no quería la paz; que se engañaba además si creía al Austria aniquilada, puesto que las provincias que le quedaban á la monarquía desplegaban un celo extraordinario por ella, y que la guerra, si continuaba, sería una guerra á muerte. A esto contestó Mr. de Champagny que tomando por base los sacrificios actualmente reclamados y agregando lo que el emperador se proponía

exigir en Bohemia y Galitzia, no ascendía el total de las pretensiones de la Francia á la mitad de lo que comprendía el *uti possidetis*. Añadió que la guerra no se temía, que Napoleón había empleado los dos meses del armisticio en duplicar sus fuerzas; que, sin sacar un solo hombre de los ejércitos de España, tenía trescientos mil combatientes en el Danubio además de cien mil en el Escalda, debidos á la feliz expedición de Walcheren, que con un mes de guerra no quedaría de la casa de Austria más que el recuerdo. A estas declaraciones replicó Metternich con exclamaciones de dolor, que demostraban lo poco que distaba su particular opinión de la del negociador francés.

Recibióse el 1.º de septiembre otra manifestación de los plenipotenciarios austriacos, encaminada á pedir que se declarasen todas las pretensiones de la Francia por completo. «La entrega del Austria superior, de Carintia, Carniola y parte de Croacia, decían, ¿es verdaderamente lo único que se desea, ó quiere algo más la Francia? Preciso es saberlo antes de entrar en explicaciones.» Napoleón, que dirigía desde Schoenbrunn toda la negociación, alternando en esta tarea diplomática con sus correrías á caballo á los puntos donde estaban acantonadas sus tropas, mandó contestar el 4 de septiembre con una nota redactada también de su puño. Decía en esta nota que hallándose la ciudad de Dresde, capital de su aliado el rey de Sajonia, situada á una jornada de distancia de la frontera de Bohemia, situación cuyo peligro había demostrado la última campaña, necesitaba se le cediesen tres de los círculos de Bohemia para desviar otro tanto la frontera austriaca: nuevo sacrificio de cuatrocientos mil habitantes, con el cual naturalmente para cubrir á Dresde se dejaba descubierta á Praga. Por último, para manifestar la totalidad de sus pretensiones, indicaba de una manera general que en cuanto á Polonia habría que estipular una especie de *uti possidetis* aparte, el cual, sin expresarlo, suponía la cesión de media Galitzia, ó lo que era lo mismo, de dos millones cuatrocientos mil habitantes, de los cuatro millones ochocientos mil que constituían la población de las dos provincias de ese nombre. No quería entrar en explicaciones sobre este punto, por temor de comprometerse con la Rusia al hablar del restablecimiento de Polonia. El total de los sacrificios impuestos á las varias provincias de la monarquía ascendía, pues, á cinco millones de población en vez de los nueve millones que arrojaba el *uti possidetis*. Restituía Napoleón, en Alemania especialmente, en pago del Austria superior, de los tres círculos de Bohemia, de la Carintia y de la Carniola, la Estiria, el Austria inferior y la Moravia, provincias riquísimas en que se hallaban Viena, Znaim, Brunn y Gratz, y que constituían el centro de la monarquía. La nota del 4 de septiembre, sin embargo, á pesar de lo espicioso de sus razones, de lo amable de su lenguaje y del esmero en ella puesto para hacer bien perceptible la diferencia entre las pretensiones actuales y las primeras, tenía que parecer muy amarga; continuó en su silencio la legación austriaca; pero Metternich en sus conversaciones particulares siguió deplorando el sistema adoptado por Napoleón, que era la paz que él denominaba mezquina y cruel, y *paz de regateo*, en vez de la paz generosa que podía producir una pacificación definitiva y una quietud indefinida.

Sin embargo, como los franceses se habían explicado por completo, era ya indispensable que los austriacos se explicasen también, ó que rompiesen abiertamente. No era ya posible hacerse ilusiones sobre la actual situación. Las fuerzas de Napoleón aumentaban todos los días: la expedición de Walcheren no había producido más resultado que suministrarle la ocasión de armar nuevas tropas (así lo escribían los mismos diplomáticos alemanes á su corte); por último, la Rusia acababa de declararse enviando á Mr. de Czernicheff portador de dos cartas, una para el emperador Francisco, en que declaraba el zar que no quería tener un plenipotenciario en Altemburgo y que abandonaba á la Francia la dirección de las negociaciones: con lo que, si bien dejaba á la Rusia en completa libertad de aceptar ó rehusar sus resultados, también dejaba al Austria sin apoyo.

Aconsejaba al emperador Francisco que hiciese con toda prontitud los sacrificios que no pudiera evitar y al emperador Napoleón que procediese con moderación; y lo único que á éste le pedía en términos formales era que no le constituyese, con infracción de la alianza celebrada, una nueva Polonia bajo el nombre de gran ducado de Varsovia, salvo lo cual podía hacer cuanto quisiese. Desprendíase del lenguaje de la Rusia que las pretensiones de Napoleón en Alemania y en Italia serían mejor recibidas que sus pretensiones acerca de la Galitzia. En semejante situación, los austriacos tenían que resignarse á negociar. Acababa precisamente de ser llamado Mr. de Stadion por el emperador para que le aconsejase de nuevo, y con él habían sido convocados los principales personajes del ejército austriaco, como el príncipe Juan de Liechtenstein, Mr. de Bubna y otros, á fin de que emitiesen su parecer sobre los recursos de que aún podía disponer la monarquía y en caso necesario fueran á verse con el mismo Napoleón. Todos estos personajes reconocían que la paz era necesaria; que la continuación de la guerra, aunque posible con los recursos que se estaban preparando, sería muy peligrosa; que no había nada que esperar de la expedición de Walcheren ni de la intervención de la Rusia, y que por consiguiente había que aceptar con resignación unos sacrificios que siempre eran menores que los que había reclamado Napoleón. Emulos los unos de Metternich, como Mr. de Stadion, y propensos los otros como militares á menospreciar á los diplomáticos achacándolos de tardíos, formulistas y pesados, todos daban muestras de creer que la legación austriaca conducía mal la negociación, que perdía un tiempo precioso, que al fin acabaría por exasperar á Napoleón, y que probablemente un militar que fuera con una carta del emperador Francisco á hablarle con franqueza y á pedirle que se contentase con un moderado sacrificio, saldría más airoso que todos los diplomáticos juntos con su sistema lento y tortuoso. Adoptada esta opinión, se decidió enviar á Schoenbrunn á Mr. Bubna, edecán del emperador Francisco, que como militar y hombre de ingenio parecía más á propósito que otro alguno para despertar en el ánimo de Napoleón la benevolencia y la generosidad, cualidades que sobresalían en su carácter sabiéndole entender. Así, pues, la legación austriaca por un lado, contestando en Altemburgo á un protocolo con otro, iba á ofrecer la ciudad de Salzburgo y además algunos otros sacrificios en Galitzia, indicados con vague-